

pero rompió la carta en el momento de enviarla, considerando que una criatura miserable no debía ser digna de su cólera. Resolvió partir cuanto antes, y habiendo libre un asiento para el día siguiente en la diligencia de Strasburgo lo tomó, avisando á su padre previamente. Federico recibió los plácemes de toda la familia sin que nadie le preguntara por qué obedecía tan presto. Sólo Gerardo supo la verdad. La señorita Darcy sentó que aquello inspiraba piedad y compasión, y que los hombres nunca tendrán corazón. La señorita Hombert engrosó con sus ahorros la pequeña cantidad que llevaba su sobrino. Una comida de despedida reunió á toda la familia, y Federico tomó el camino de Suiza.

X

Los placeres y las fatigas del viaje, el encanto de lo desconocido y los quehaceres de un nuevo cargo, devolvieron pronto la calma á su espíritu. Ya no pensaba si no con horror en la pasión fatal que había estado á punto de perderle. En la embajada halló muy buena acogida; iba muy recomendado; su aspecto predisponía en su favor y una modestia natural avaloraba sus talentos sin debilitarlos. Pronto ocupó en la sociedad un puesto honroso, y el porvenir más rico sueño se abrió ante su camino.

Bernereta le escribió varias veces preguntándole en forma regocijada si había partido para siempre ó si tenía intención de regresar pronto. Federico no contestó en un principio, pero como las cartas continuaban y eran cada vez más frecuentes, al fin perdió la paciencia; es decir, que contestó y así descargó su corazón. Preguntó á Bernereta en los términos más amargos si había echado en olvido su traición dos veces repetida, y rogóla que en lo sucesivo hiciera caso omiso de fingidas protestas que ya nunca podían engañarle, añadiendo que bendecía á la Providencia por haberle iluminado á tiempo, que su resolución era irrevocable, y que no volvería probablemente á Francia sino después de una larga residencia en el extranjero. Cuando la carta hubo partido sintióse más á gusto y completamente libre de la carga del pasado. Bernereta dejó de escribirle y no volvió á oír el santo de su nombre.

Una familia inglesa, bastante rica, habitaba una linda casa en los alrededores de Berna. Federico fué presentado á ella y allí conoció á tres jóvenes, de las cuales la mayor contaba veinte años y era muy hermosa. Esta no tardó en advertir la impresión intensa que produjo al *agregado*, ni se mostró tampoco insensible á ella, á pesar de lo cual Federico no estaba bastante curado para entregarse á un amor nuevo. Pero al cabo de tantas agitaciones y pesa-

res experimentaba la necesidad de abrir su corazón á un sentimiento tranquilo y puro. La hermosa Fany no llegó á ser su confidenta, como lo había sido la señorita Darcy, pero sin que la refiriera sus dolores adivinó la muchacha que acababa de sufrir, y como la mirada de sus ojos azules parecía consolar á Federico, los dirigía á menudo á su lado.

La amabilidad lleva á la simpatía y la simpatía al amor. Al cabo de tres meses el amor no había llegado, pero estaba ya muy cercano. Un hombre de carácter tan dulce y expansivo como Federico no podía ser constante sino con la condición de ser compasivo. Gerardo tuvo razón al decirle antaño que quería á Bernereta más tiempo de lo que creía; mas para ello hubiera sido preciso que Bernereta le hubiera querido también, al menos apasionadamente. Cuando los corazones débiles se sublevan se pone en peligro su existencia, y acontece que se rompen ó que olvidan, porque carecen de la fuerza de ser fieles á un recuerdo, merced al cual sufren.

Federico se acostumbró, pues, de día en día á no vivir sino para Fany, y pronto se habló de matrimonio. El joven no tenía fortuna, pero su posición era buena y estaba en vías de mejorar. El amor, que vence todos los obstáculos, defendía sus propios derechos; así, pues, se decidió solicitar un favor á la corte de Francia, y

que Federico, ya nombrado segundo secretario, sería el marido de Fany.

Este día felicísimo llegó al fin. Un día los recién casados acababan de levantarse, y Federico, en el delirio de la dicha, tenía á su mujer en sus brazos. Estaba sentado junto á la chimenea, cuando el chisporroteo y la llamarada de un trozo de leña le hicieron estremecerse. Por virtud de un extraño efecto de la memoria recordó el día en que por vez primera se encontraba de igual modo con Bernereta junto á la chimenea de un cuarto pequeño. Dejó el comentario de esta casualidad extraña á aquellos cuya fantasía se complace en admitir que el hombre presiente su destino. En este momento mismo entregaron á Federico una carta sellada en París, que le anunciaba la muerte de Bernereta. No hay para qué relatar su sorpresa y su dolor; bastará que el lector vea la despedida de la pobre muchacha; ella explicará su conducta en algunas líneas, escritas en ese estilo medio alegre y medio triste que le era peculiar.

«¡Ay, Federico! bien sabías que nuestra dicha era un sueño. No podíamos vivir con tranquilidad ni ser felices. Quise marcharme de aquí, recibí la visita de un joven á quien había conocido en provincias, en mis buenos tiempos, y el cual estaba loco por mí. Ignoro quién le había dado mi dirección; lo cierto es que vino á mi casa y que se echó á mis pies cual si yo

hubiera sido todavía una reina del teatro; me ofreció su fortuna, que no valía gran cosa, y su corazón, que no valía absolutamente nada. Esto pasaba al siguiente día ¡acuérdate! en que al separarnos me diste que te ibas. Yo no estaba nada alegre, ni sabía á ciencia cierta dónde habría de cenar. Dejéme llevar: pero desgraciadamente me fué imposible seguir así; había encargado que llevaran mis zapatillas su á casa, las envié á buscar y me decidí á morir.

»Si, pobre amigo, he querido dejarte por allá. Yo no podré vivir siendo aprendiz; sin embargo, la segunda vez estaba decidida á ello, pero tu padre volvió á mi casa: esto es lo que tú ignorabas.

»¿Qué querías que yo le digese? Prometí olvidarte y volví á la casa de mi adorador. ¡Cuánto me he aburrido, Dios mío! ¿Tengo yo la culpa de que todos los hombres me parezcan feos y tontos desde que te quiero? Sin embargo, vivir del aire es labor que supera mis fuerzas. ¿Qué querías que yo hiciese?

»No me mato, pobre amigo, me consumo; y lo que ejecuto no es un asesinato de cuenta. Mi salud es deplorable y está perdida para siempre, y sin el tedio nada sería esto. Dicen que te casas: ¿Es hermosa tu mujer? Cuando haga buen tiempo, acuérdate del día en que tú regabas tus flores. ¡Ay, cuán rápidamente te quise! Al verte, un sobresalto me dominaba, la palidez

se apoderaba de mi semblante. Contigo fui muy dichosa. Adiós.

»Si tu padre lo hubiera querido, nunca nos hubiésemos separado; pero tú no tenías dinero y yo tampoco; esta fué nuestra desdicha. Aun cuando yo hubiese sido modista, no podría haber seguido en el oficio. Así, ¿que quieres que yo hiciese? Hice, pues, dos ensayos para comenzar una existencia nueva, los dos fracasaron.

»Te aseguro que no es la locura lo que me impulsa á morir. Dispongo de toda mi razón. Mis padres, á quienes Dios perdone, han venido á verme una vez más. ¡Si supieras lo que conmigo quieren hacer! Es nauseabundo el ser juguete de la miseria y el verse zarandear así. Cuando antaño nos quisimos, nos hubiera ido mucho mejor siendo más económicos. Pero tú querías ir al teatro y que nos divirtiéramos. ¡Hemos pasado muy buenas veladas en la Cabaña!

»Adiós, querido, adiós, por última vez. Si yo gozara de buena salud, hubiera vuelto al teatro; pero de la vida sólo el alentar me queda. Que mi muerte no sea para tí motivo de culpa. Demasiado creo que si en tu mano hubiera estado, nada de lo que lamentamos hubiera sucedido; yo lo veía, pero no me atrevía á declararlo. He visto cómo la tormenta se preparaba, pero no quería que te atormentase.

»Esta en que te escribo es una noche triste, más triste, créelo así, que aquella en que lla-

maste á la puerta de mi casa y viste que no estaba. Nunca te habia tenido por celoso; cuando supe que te habías encolerizado, me puse triste y alegre. ¿Por qué no ejerciste sobre mí la autoridad que tenías al alcance de tu mano? Hubieras visto la cara que yo tenía al volver de tentar fortuna; pero da lo mismo, me querías más de lo que aparentabas.

«Quisiera acabar y no puedo. Me agarro á este papel como á un resto de vida; pongo las líneas compactas y quisiera juntar todas las fuerzas que me quedan para enviártelas. No, tú no conociste mi corazón. Me quisiste porque eres bueno, por compasión venias á verme y un poco también por gusto. Si hubieras sido rico, no me hubieras dejado: esto es lo que yo me digo, y es lo único que me procura ánimos. Adiós.

«¿Que tu padre no se arrepienta nunca del mal que ha ocasionado! ¡Ahora es cuando conozco lo que daría por saber alguna cosa, por tener algún medio de ganarme la vida con mis manos! Si cuando uno es niño pudiera ver su vida en un espejo, no acabaría como acaba; tú me querrás todavía; pero acaso no, puesto que vas á casarte.

»¿Cómo pudiste escribirme una carta tan dura? Puesto que tu padre lo exigía y puesto que tú ibas á largarte, no creí hacer nada malo al intentar seguir á otro amante. Nunca experimen-

té sensación parecida y nunca vi cosa más extraña que la cara que puse cuando le dije que volvía á mi casa.

»Tu carta me ha desolado; así que la lei, permaneci dos dias junto á la chimenea sin poder moverme ni articular una sola palabra. Mi destino fué la desdicha misma. No podrias imaginar cómo Dios me trató en estos veinte años que he vivido. Cuando niña me pegaban y si lloraba me echaban á la calle: «Anda á ver si llueve,» me decia mi padre. Cuando tenía doce años me hacían cepillar madera, y desde que fui mujer no disfruté con ellos ni un solo dia el sosiego. Mi vida se consumió esforzándome en vivir, y por último en convencerme de que la muerte era inevitable.

»¡Que Dios te bendiga, á ti á quien debo mis únicos dias dichosos! Entonces respiré una bocanada de aire; que Dios te la devuelva. ¡Ojalá puedas ser dichoso y libre, amigo mio! ¡Ojalá puedas ser querido como te quiso tu moribunda, tu pobre Bernereta!

»No te aflijas, todo va á acabar ¿Te acuerdas de una tragedia alemana que me leíais una noche en casa? El protagonista de la obra pregunta: «¿Qué palabra preferiremos á la hora de nuestra muerte? ¡Libertad! —contesta el niño Jorge.—Tú lloraste al leer esta palabra. Lloras, pues, es el último grito de tu amiga.

»Los pobres mueren sin hacer testamento; yo

te envió un mechón de mis cabellos. Un día que el peluquero me los quemó con las tenacillas, recuerdo que quisiste pegarle. Puesto que no querías que me los quemasen, no arrojarás al fuego mi presente.

»Adiós, adiós para siempre.

»Tu fiel amiga,

Bernereta.»

Me han contado que después de leer esta carta, Federico se lanzó á una tentativa funesta. No hablaré aquí de ella; los hombres indiferentes juzgan ridiculos semejantes actos cuando se sobrevive. Las opiniones del mundo son tristes en este punto. Se rie del que intenta morir y se olvida á quien realmente muere.

FIN

MARGOT